

dios de locomoción gratuita, y protegido por un fogonero vino de Irún á Madrid... Cuando ante mí se presentó, su rostro estaba tan desfigurado por la miseria y su vestimenta era tan haraposa que hubo de decirme su nombre más de una vez para que yo pudiera reconocerle... Le abracé conmovido, hicele sentar á mi lado, y él, con voz doliente y asmática, eco de un cuerpo vacío, me dijo: «No vengo á pedirte albergue, querido Proteo, que ese, aunque no mejor que la guarida de una bestia, ya lo tengo. Vengo á pedirte un pedazo de pan...»

## IX

Mi respuesta fué dar voces llamando á Ido para que nos sirviera al instante la cena. «Cenarás conmigo—dije á Segismundo,—y con esta señorita, Casiana *Coelho*, que si no es ya una gran profesora de instrucción primaria, lo será muy pronto. Ya sabes que diariamente, desde esta noche, habrá siempre en mi mesa humilde un plato para ti.» Por causa de la turbación de su ánimo, ó quizás por la vacuidad de su estómago, el pobre Segismundo no pudo expresar su gratitud más que con truncadas frases expresivas.

Apenas tragó García Fajardo las primeras cucharadas de sopa y media copa de vino, pudo advertirse que recobraba su perdido vigor. Ya era otro hombre, y á medida que

avanzaba en la ingestión de alimento, su gesto hacía menos desmayado y su voz más segura y vibrante. «Gracias á mi antigua camarera y aposentadora, la benéfica *Señangela*—nos dijo,—no duermo á la intemperie. Aquella fiera, tan deslenguada como caritativa, me ha dado cobijo en un cuchitril inundo de la calle de Cabestreros. Allí tengo unos palmos de terreno donde estirarme, sobre un montón de trastos y rollos de esteras. El amigo Balbona ya no está en la taberna de la calle de Toledo, y Romualdo Cantera se ha ido á vivir lejos de Madrid... Todo mi guardarropa se reduce hoy á estos venerables guñapos que ves colgados sobre mi cuerpo.

—No te apures, noble hijo de España—le contesté yo.—Nosotros te proveeremos de ropa con algunas prendas mías y otras del amigo Ido, que próximamente mide tu estatura. Todo es cuestión de tijera y aguja. Aquí tenemos á Casianita, que es una gran sastra y arregladora de vestimentas para todos los gustos. Te adecentaremos... no te rías... y podrás salir á la calle con elegancia de figurín barato. Ya sabes que la elegancia es el signo de los tiempos. Bien apañadito, como un estirado señorete que viene de París, podrás presentarte á tu ilustre tío el Marqués de Beramendi, y á tu amigo Vicente Halconero.»

Poniendo breves pausas en el buen comer, mi huésped replicó así: «En el fondo y aun en la superficie de su espíritu, mi tío Beramendi es un rebelde á macha martillo; pero su mujer, sus hijos y la sociedad en que vive

no le permiten sustraerse á esta atmósfera de artificios convencionales y de mentiras aparatosas. Los hombres de ideas más avanzadas se vuelven suspicaces y medrosicos, y se acomodan á vegetar dentro de esta cárcel fastidiosa de la sensatez monárquica, mayormente si poseen buenas rentas para tratarse á cuerpo de rey mientras dure su cautiverio. En cuanto los jesuítas establezcan aquí esos Colegios elegantes de que ya se habla, los primeros niños que entren en ellos serán los de mi tío Pepe. Así lo quiere María Ignacia y así será.

»Lo mismo te digo de Vicentito Halconero. Es un chico excelente, talento claro de los que miran al porvenir y á la regeneración de este pobre pueblo. Pues hostigado por su madre, Lucila, y por sus suegros los Calpenas, solicitó el acta de La Guardia; le encasilló Romero Robledo, y ahí le tienes, entre los borregos de Cánovas... no, me equivoco... entre los de Sagasta, que viene á ser lo mismo. Te diré ahora que la hermosa Lucila, al cabo de los años, se siente un poco ultramontana y papista. No hace mucho tiempo hizo un viaje á Roma con su esposo don Angel Cordero, el sutil economista, sin otro objeto que besar la sandalia de Pío IX, y recibir la bendición pontificia... Con que ya sabes, á esta sociedad que me execra y me maldice, no puedo yo acercarme sin recibir desaires y sofiones.»

Avanzada ya la cena, añadió Segismundo á las manifestaciones anteriores confidencias

de un orden más delicado. Poniendo en su acento el respeto que á su madre debía, díjome que ésta, Segismunda Rodríguez, esposa del primogénito de los García Fajardo, se había dedicado en los últimos años al negocio de préstamos usurarios, y laboraba sigilosamente tras la pantalla de testaferros sin conciencia. Amasado un grueso capital desplumando lindamente al prójimo, la buena señora hipaba por la grandeza y era rabiosa alfonsina. Se desvivía por pescar un título nobiliario, y no siéndole fácil conseguirlo de los de Castilla resignábase á tenerlo pontificio, que como es sabido resultan muy económicos.

De sobremesa volvimos á tratar la cuestión de indumentaria. Casiana, movida de repentina inspiración, sacó de su cesta de costura la cinta-metro que usan los sastres y modistas, y puesto en pie Segismundo, le tomó las medidas á lo ancho y á lo largo. La señorita de *Coelho* cantaba los números y yo los iba apuntando en un papelejo. Hecho esto, y cuando Segis se despidió con demostraciones de gratitud, bien provisto de tabaco, le aseguré que á la tarde siguiente encontraría en mi casa el remedio de su indecorosa desnudez.

Coincidiendo en una resolución práctica, habíamos pensado Casiana y yo que la más expedita obra de misericordia era vestir al desnudo con un traje de *El Aguila*. En efecto, á la mañana siguiente adquirimos, por las medidas que llevábamos, un terno modestito

y de buen ver. Luego, en la calle de Toledo, compramos tres camisas y otras prendas interiores, á las cuales agregamos un sombrero blando adquirido en *Las Tres BBB* de la Plaza Mayor... Con toda esta carga nos volvimos á casa satisfechos y gozosos, pues nada era tan grato para mí, y lo mismo para Casianilla, como aplicar nuestros limitados recursos á una obra esencialmente cristiana y altruista.

Por la tarde, cuando se nos presentó el infeliz repatriado y le mostramos las para él lujosas prendas de vestir, advertimos que se humedecían sus ojos y que su boca temblante no acertaba á formular las oportunas frases de reconocimiento. Con un tonillo evangélico, que maquinalmente me salía del pensamiento á los labios, le hablé de este modo: «Amigo, mejor será decir hermano mío, coge estas ropas y tenlas por tuyas sin reparar en la mano que te las entrega; corre á tu morada, y una vez que purifiques tus carnes con santas abluciones, vístelas con la decencia que Dios te ha deparado.»

El hombre infeliz, recogiendo parte de su equipo para hacer con él un lío, me contestó en el tono más sencillo y familiar: «Benditos sean los que practican el amor al prójimo con verdad y donosura. Muchos se precian de socorrer á los desvalidos; pocos hay que posean el arte de la caridad. Yo acepto estos dones y admiro la gracia con que se me ofrecen... Permitidme, mis queridos amigos, que no traslade á mi casa toda la ropa inte-

rior; me llevo sólo una muda; lo demás aquí queda, pues mi desmantelado cubil se me antoja que es, no ya el *Puerto*, sino el *Golfo de Arrebatacapas*.»

Con toda la presteza que su contento le infundía, el desgraciado y ya favorecido Segismundo partió, llevándose su ropa envuelta en un pañuelo. Casiana y yo nos quedamos discurriendo nuevas manifestaciones del arte de la caridad. Al otro día sorprenderíamos al menesteroso caballero con una pañosa nuevecita y unas botas de becerro mate adquiridas en un bazar de calzado. Todo resultó á las mil maravillas: cuando resurgió á media mañana el amigo, bien lavoteado y vestido de limpio, parecía otro. Obsequióle Casiana con unas corbatitas de colorines en las que había trabajado la noche anterior. El espléndido regalo final de la capa y botas puso al buen Segismundo en un estado de beatitud seráfica. Yo reventaba de gozo, Casianilla no cesaba de reír, y los dos creíamos hallarnos en presencia de un muerto á quien acabábamos de resucitar.

Tras un largo rato de ocioso charloteo, en que intervino Ido con su cándido filosofismo, nos sentamos á la mesa. El muerto resucitado, dueño ya de los varios registros de su inteligencia, nos contó interesantes casos y episodios del vivir azaroso de los emigrados españoles en París. Habíalos allí de todas castas y procedencias: republicanos federales del 73, zorrillistas de la última extracción con afiliados civiles y militares, carlistas de

todas las épocas, especialmente de la última, pues la causa de la legitimidad iba de capa caída y muchos partidarios del Pretendiente pasaban la frontera ansiosos de buscarse la vida en un país pacífico y libre. El *Pasaje Jouffroy* y el *Café de Madrid* hervían de españoles aburridos y famélicos. Algunos, embozados en sus capitas, acechaban el paso de un amigo que les diera un Napoleón ó les convidase á un almuerzo de *dos francos cincuenta*; otros se instalaban en las mesas del café, y allí pasaban largas horas en tristes añoranzas, ó planeando medios de trabajo para poder matar el gusanillo. Los más prácticos apencaban con los rudos oficios y se metían en una cerrajería, en una tahona ó en talleres de encuadernación.

«Me han contado—dije yo—que republicanos y carlistas fraternizan allí, unidos por la común desgracia, y se buscan la vida dando lecciones de español.

—Así es—prosiguió Segis.—Yo me asocié con un ex-capitán carlista, natural de Azpeitia, excelente chico, que no hablaba bien más que el vascuence. Pereciendo de hambre, anunciamos una *Gran Academia de Lenguas* en la cual, el vascongado y yo, y un andaluz muy despierto que se nos agregó, ofrecíamos dar lecciones de español, de latín y de griego. El resultado fué desastroso... Debo añadir que de la emigración zorrillista poco podíamos esperar, porque los prosélitos de don Manuel, mal que bien, tenían para vivir y se cuidaban poco de los demás, como no fuera para

darnos de vez en cuando un corto auxilio.

»De Ladevese recibí yo algún socorro que le agradeceré toda mi vida... La conspiración zorrillista labora en España tratando de mover las fuerzas militares para producir los tan acreditados pronunciamientos. En París se manifiestan con un *ojalaterismo* rosado y transparente que á muchos deslumbra, á mí no, pues de los pronunciamientos no espero nada bueno para mi Patria... Desesperado de la inutilidad de mis esfuerzos para resolver el problema vital, abandoné el *Pasaje Jouffroy*, donde todo se volvía cháchara sin substancia, y planté mis reales en el *Café Cluny, Boulevard Saint Michel, Barrio Latino*.

—Dime, Segis, ¿no has visto por allí á Estévanez?

—Sí; pocos días antes de mi salida, llegó de Portugal. Está muy desalentado, y cree que todo intento revolucionario, ya sea zorrillista, ya sea de otro orden, quedará hecho polvo bajo el peso de esta oligarquía de tres cabezas: la femenina aristocrática, la militar masculina y la papista epicena... Como decía, me instalé muy á gusto en el *Barrio Latino*, que es para mí el París luminoso, la urbe de la ciencia y el arte. Allí están todos los focos del saber y de la enseñanza pública; allí están la Sorbona, el *Collège de France*, la Universidad; allí las Escuelas Superiores de Medicina, de Farmacia, de Ingenieros, el Observatorio Astronómico, innumerables Institutos, Laboratorios y Bibliotecas; allí todos los grandes editores de París; allí, en fin, la

inmensa caterva de escolares, estudiosos los unos, otros afiliados á la graciosa hermandad que llaman *bohemia*. Sobre este inquieto y juvenil personal flota la nube de poetas más ó menos *parnasianos*, y de pintores más ó menos *impresionistas*.

—¡Hermosa y florida República—exclamé yo,—esperanza de un gran pueblo!

—En el *Café Cluny* y en otro que está junto al *Odeón*, tenía yo mis Círculos predilectos. Hice amistad con unos chicos mejicanos y chilenos, pensionados para estudiar Medicina. Sociedad más de mi gusto jamás la conocí. Los americanillos eran estudiosos, y de la piel del diablo. Ellos, y un pintor español que hacía paisajes melancólicos, me arrastraron á la *bohemia*, para lo cual es condición precisa tener los bolsillos vacíos. Gocé y me divertí cuanto pude, y mis calaveradas extravagantes dejaron memoria en aquel rincón del París ático y bullicioso. Para que nada me faltase, tuve mi *griseta*, que me adoró durante dos días y medio.

»También aquel barrio era campo de acción de muchos expatriados españoles, que se administraban por un presupuesto absolutamente negativo. Con algunos de éstos me lié yo en sociedad comanditaria al objeto de *arbitrar recursos* honradamente. Un tal Boneta, cantonal, me propuso un negocio que consideraba de resultados infalibles. ¡A trabajar se ha dicho! Alquilamos una tienda en la *rue Grenelle*, y nos instalamos en ella sin muebles ni cosa alguna. Pero en la fachada pusi-

mos este anuncio sugestivo, *Misterios de la vida parisién*, y en la puerta un rotulillo que decía en letras bien claras, *Entrada, un franco*. A mi cargo corría la cobranza, mientras Boneta se paseaba en el salón vacío. El primer día cayeron algunos incautos, que al ver aquellas paredes desnudas preguntaban: «¿Pero qué es lo que se enseña aquí?» Boneta contestaba con voz estruendosa: ¡*Rien!* Intervino la Policía obligándonos á cerrar *el establecimiento*. Con los francos recaudados tuvimos para cenar algunas noches.

—Esa broma ó ese timo, querido Segis—repuse yo,—no habríais podido darlo en Madrid.

—Claro es—siguió diciendo el pícaro.—Pero tú no sabes que París es el pueblo más novelero del mundo. Verás ahora otro caso de la maravillosa inventiva de un emigrado español muerto de hambre. Un tal Catuelles, carlista, anunció en la prensa que estaba dispuesto á reconocer todos los hijos ilegítimos no reconocidos por sus padres. En el anuncio, redactado con frases muy patéticas, declaraba que lo hacía por lástima de las pobres criaturas, y deseoso de que éstas pudieran entrar decorosamente en la vida social. Lo demás ya se supone: *precios convencionales*. Pues este hombre que en España habría pasado por loco, en París y en poco más de seis meses, reconoció ciento dieciocho hijos y ganó doce mil duros.

—¡Ay qué gracioso, qué hombre más listo! —exclamó Casiana riendo á carcajadas.—

Pero usted, don Segis, ¿qué inventaba para ganar dinero y salir de su miseria?

—¡Ah, hija mía! Yo no tenía la travesura de Boneta ni el genio de Catuelles. Cuando llegué á los extremos de la necesidad me dejé llevar por dos amigos, uno cantonal y otro arcunda, á las conferencias religiosas que en cierta calle próxima á *San Sulpicio* daba una Sociedad Catequista. Aunque mis dos compañeros eran librepensadores, casi ateos, y yo no tengo creencias religiosas, apencá-bamos con aquella farsa porque los catequizadores recompensaban nuestro falso catolicismo con un modesto socorro. Por las noches nos hacían oír unas pláticas estúpidas y soporíferas. Pero ¡ay! esto no bastaba: querían los señores dar público espectáculo de nuestra piedad y mansedumbre, como éxito notorio de la labor catequizante y triunfo de Nuestra Santa Madre Iglesia. Eramos como unos doscientos entre hombres menesterosos y beatas vejanconas. Todas las mañanas nos llevaban á confesar y comulgar en *San Sulpicio*, y hasta que ingeríamos el pan espiritual no nos daban el franco, óbolo remunerador de nuestras edificantes devociones.

—¡Pero tú comulgabas, Segis, tú...!—exclamé yo, vacilando entre la incredulidad y la risa.—¿Es posible?

—¡Ya lo creo! Como que si no comulgaba no comía... ¡Ay, amigos del alma! Si ahora que estoy decentito me decido á presentarme á mi madre, ya sé lo primero que me dirá. Me parece que la estoy oyendo: «Hijo mío,

¿vienes dispuesto á sentar la cabeza y á enmendarte de tus errores? Si así es, tu madre te bendice, y lo primero que te recomienda es que entres resueltamente en la grey cristiana y cumplas con la Iglesia.» Yo le responderé: «¡Ah, madre querida; bien *cumplido* y purificado vengo de París. Traigo *cumplimiento* para lo que me resta de vida.»

## X

Desde aquel día, el naufrago salvado de las olas del infortunio quedó unido á mí por vínculos fraternales. Casiana y yo partíamos el pan y la sal con Segismundo, y él nos mostraba un cariño respetuoso que más parecía veneración. Juntos salíamos los tres de paseo, tranquilos, alegres, *ni envidiados ni envidiosos*, y por las noches no perdonábamos nuestra partidita de café en los de Zaragoza, Venecia ó San Sebastián donde poníamos el paño al púlpito despotricando, ora en tonos enérgicos ora en sarcástico estilo, contra la oligarquía dominante. Aunque perorábamos para una posteridad remota, los parroquianos que nos oían con la boca abierta celebraban nuestras locas arengas, cual si en ellas viesan una palpitante actualidad.

En nuestra casa teníamos luego una segunda *soirée* más interesante y divertida, porque en ella gozábamos la inefable libertad del disparate sin acortar el vuelo de nues-